

agrade á un hombre que ha sido tu camarada? Nó, Santillana, nó; de ningún modo me conviene. A Dios; separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se olvida de sí mismo.

Yo me sentí mas exâsperado que movido de sus reprehensiones, y le dexé retirarse sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que debiese afligirme su pérdida en el estado en que me hallaba, además, facilmente hallé consuelo en el trato de algunos empleados de Palacio, con quienes por la semejanza de humor habia poco tenia amistad. Estos nuevos conocimientos eran con hombres, cuya mayor parte venian de no sé dónde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados, y atribuyendo estos miserables á su mérito los beneficios que la bondad del Rey les habia conferido, se olvidaban como yo de sí mismos, y nos creíamos personajes respetables. ¡Oh fortuna! vé aquí como dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el Estoico Epiteto en compararte á una joven ilustre que se entrega á los criados.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

AVEN-

## AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA

LIBRO NONO.

CAPITULO PRIMERO.

*Escipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero. De los pasos que se dieron para este fin.*

Una noche despues de haber despedido la compañía que habia venido á cenar conmigo, pregunté á Escipion qué habia hecho en aquel dia. Una accion de padre de familia, me respondió. Procuro á Vmd. un rico establecimiento; le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio. ¡Hija de un platero, exclamé con ayre desdeñoso! ¿Has perdido el juicio? Teniendo tal qual mérito, y estando en la Corte sobre cierto pie, me parece se debe tener ideas mas elevadas. ¡Ay! señor, repitió Escipion, no penseis así. Pensad que el varon es quien ennoblece; no queráis ser mas delicado que

que un millar de señores que pudiera citaros. ¿Sabe Vmd. que la heredera de quien se trata es un partido de cien mil ducados por lo menos? ¿No es este un buen ramo de platería? Quando oí hablar de una suma tan grande me suavicé. Desde luego cedo al dictamen de mi secretario; la dote me determina. ¿Quándo quieres tú que la reciba? Poco á poco, Señor, me respondió, un poco de paciencia. Es menester que comuniqué ántes la cosa con el padre, y que la conceda. Bueno, respondí dando una gran carcajada, ¿todavía estás ahí? Por cierto que el casamiento está adelantado. Mas de lo que Vmd. piensa, replicó: con una sola hora de conversacion con el platero, salgo por fiador de su consentimiento; pero antes de pasar adelante capitulémos si Vmd. gusta. Supongamos que yo haga dar á Vmd. cien mil ducados, y á mí que me ha de tocar? Veinte mil, le respondí. Alabado sea Dios, dixo: yo limité vuestro reconocimiento á diez mil. Vmd. es una mitad mas generoso que yo. Vamos: desde por la mañana entraré en esta negociacion, y cuente Vmd. en que se conseguirá, ó yo soy un bestia.

Efectivamente á los dos dias me dixo: he hablado al señor Gabriel de Salero (que este era el nombre del padre de la niña). Tanto le he celebrado vuestro valimiento y mérito, que ha escuchado con gusto la proposicion. Tendreis su hija con cien mil ducados, siempre que le hagais ver claramente que sois favorecido del Mi-

nis-

nistro. Si consiste en eso, dixe entonces á Escipion, presto estaré casado. Pero veingamos á la muchacha: ¿la has visto? ¿Es hermosa? Menos bella que el dote. Hablando para los dos, esta rica heredera no es muy bonita, pero á Dios gracias, á Vmd. nada se le dá. NÓ, á fé mia. Los cortesanos nos casamos solamente por casarnos. La hermosura la buscamos en las mugeres de nuestros amigos; y si por acaso se encuentra en las nuestras, hacemos tan poco caso de ella, que es bien merecido que nos castiguen.

Todavía no lo he dicho todo, repitió Escipion; el señor Gabriel esta noche convida á Vmd. á cenar. Hemos convenido en que no le ha de hablar Vmd. del casamiento proyectado. Debe convidar muchos mercaderes de sus amigos á esta cena, en la que Vmd. se encontrará como un simple convidado, y él vendrá á cenar á casa del mismo modo: en esto conocerá Vmd. que este hombre quiere tentar antes de pasar adelante. Convendrá que Vmd. se contenga un poco delante de él. ¡Oh! pardiez, interrumpí con un ayre confiado, que aunque examine lo que quiera siempre he de ganar.

Todo se executó puntualmente, hice me llevarán á casa del platero, quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era un buen artesano, como decimos, cortés en demasia. Me presentó la señora Eugenia su muger, y la jóven Gabriela su hija; yo la hice vivísimos cumplimientos sin

con-

venir contraá lo tratado. Las dixé mil vaciedades en bellos términos y frases políticas.

Gabriela, á pesar del dictámen de mi secretario, no me pareció desagradable, ya fuese á causa de estar perfectamente adornada, ó ya porque la mirase por entre la dote. ¡Qué gran casa la del señor Gabriel! Yo creo que habrá menos plata en las minas del Perú, que la que había allí. Se veía este metal baxo mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente en donde cenábamos, era un tesoro. ¡Qué espectáculo para los ojos de un yerno! El suegro para hacer mas lucido el convite había llevado cinco ó seis mercaderes, todos personas graves y enfadosas. Solo hablaron de comercio, de modo que su conversacion fue mas bien una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

El día siguiente en la noche llevé al platero á mi casa, y como no podia aturdirle con mi baxilla, recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar á los amigos que hacian mas figura en la Corte, cuya ambicion no ponía límite á sus deseos. No hablaron de otra cosa que de las grandezas, empleos brillantes y lucrativos á que aspiraban, lo qual surtió su efecto. El buen Gabriel aturdido con sus grandes ideas se consideraba, á pesar de su riqueza, un mísero mortal en comparacion de estos señores. Por mi parte haciendo el moderado, dixé que me contentaría con una mediana fortuna como de veinte mil ducados de renta. Con cuyo motivo aque-

llos

llos hambrientos de honores y riquezas exclamaron diciendo que hacía mal, y que siendo tan amado del primer Ministro no debía contentarme con tan poco. Nada de esto se escapó al suegro, y quando se retiró creo que iba muy pagado de mí.

Scipion no dexó el día siguiente por la mañana de ir á verle para preguntarle si yo le había agradado. Estoy encantado, le respondió. Este mozo me ha robado el corazón. Pero, señor Scipion, añadió, suplico á Vmd. por nuestra antigua amistad que me hable sinceramente. Todos, como Vmd. sabe, tenemos nuestro flaco: dígame Vmd. el del señor Santillana. ¿Es jugador? ¿Es cortejante? ¿Cuál es su inclinacion viciosa? Suplico á Vmd. que no me la oculté. Vmd. me ofende, señor Gabriel, preguntándome semejante cosa, repitió el medianero. ¿No sabe que yo me intereso mas por Vmd. que por mi amo, y que si tuviera alguna mala costumbre que fuera capaz de hacer su hija desgraciada no se lo hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que no; yo soy muy servidor de Vmd.; pero en satisfaccion, el único defecto que le encuentro es no tener ninguno. Para joven es muy prudente. Otro tanto oro, respondió el platero, esto me es muy agradable. Vaya Vmd., amigo mio, y asegúrele que obtendrá mi hija, y que aun quando no fuera querido del Ministro sucedería lo mismo.

Luego que mi secretario me dió noticia de

esta conversacion, fuí á casa de Salero á darle gracias del favor que me hacia. A este tiempo ya se habia declarado con su muger y su hija, quiénes por el modo con que me recibieron me hicieron ver que se sometian sin repugnancia á su voluntad. Despues de haber prevenido la noche antes al Duque de Melar, le presenté el suegro. S. E. le recibió con mucho agrado, y le manifestó el gusto que tenia en que hubiese elegido para yerno un hombre á quien estimaba mucho, y á quien queria elevar. Despues siguió hablando de mis buenas qualidades, y dixo tanto bien de mí, que el buen Gabriel creyó que su hija habia encontrado en mi señoría el mejor partido de España. Tal era su gozo que lloraba, y apretándome entre sus brazos me dixo: hijo mío, estoy impaciente hasta veros esposo de Gabriela; de aqui á ocho dias lo mas tarde lo seréis.

## CAPITULO II.

*Con qué casualidad se acordó Gil Blas de Don Alfonso de Leiva, y del servicio que le hizo.*

**D**exemos por un tanto mi casamiento. El órden de mi historia lo exíge, y pide que cuente el servicio que hice á Don Alfonso mi antiguo amo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y vé aquí por qué causa me acordé de él.

Vacó por este tiempo el Gobierno de Valencia, y habiéndolo sabido pensé en que se diese á Don Alfonso de Leiva. Hice reflexion de que este empleo le convendria pasmosamente, y quizá no tanto por amistad como por ostentacion resolví pretenderlo para él, haciéndome cargo que si lo obtenia me haria una honra infinita. Me dirigí, pues, al Duque de Melar, y le dixe que habia sido mayordomo de Don Cesar de Leiva y su hijo, y que teniendo todo motivo de serles agradecido, tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese para el uno ó para el otro el Gobierno de Valencia. El Ministro me respondió: con mucho gusto, Gil Blas, yo me alegro de que seas ge-

neroso y agradecido. Por otra parte yo estimo esa familia de quien me hablas. Los Leivas son buenos vasallos, y merecen el empleo. Haz lo que quieras, yo te lo doy por regalo de bodas.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento, fui sin pérdida de tiempo á casa del Baron á extender las patentes para Don Alfonso. Había un gran número de personas que con un silencio respetuoso esperaban les diese audiencia el Señor de Roncal. Habiendo atravesado por entre aquella gente me presenté á la puerta del gabinete, en donde encontré no sé quantos Caballeros, Comendadores y otros sugetos de calidad, á quienes el Baron de Roncal oía por su orden. Era cosa de admirar el diferente modo con que los recibia. Se contentaba con hacerles á lo mas una ligera inclinacion de cabeza; á los otros honrándolos con una reverencia, los conducia hasta la puerta de su gabinete, poniendo ciertos grados de consideracion en los cumplimientos que hacia. Por otra parte se conocia que algunos de aquellos sugetos, ofendidos del poco caso que hacia de ellos, maldecian en lo interior de su alma la necesidad que los obligaba á humillarse delante de aquel fantasma. Otros ví que por el contrario se reian interiormente de su ayre fatuo y presumido. Por mas que yo observase estas cosas nunca fui capaz de aprovecharme de ellas. Tenia el mismo porte en mi casa, y se me daba poco se

apud-

aprobasen ó vituperasen mis modos orgullosos, siempre que fuesen respetados.

El Baron habiendo por acaso puesto los ojos en mí, dexó con precipitacion á un hidalgo que le hablaba, y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendieron. ¡Ah! amado compañero mio, exclamó, ¿qué negocio me facilita el gusto de ver á Vmd. aquí? ¿En qué puedo servir á Vmd.? Dixele el asunto á que iba, y en su consecuencia me aseguró con los términos mas políticos que el dia siguiente á la misma hora se despacharia mi pretension. Su política no paró aquí; me acompañó hasta la puerta de su antesala, lo que jamas hacia sino con Señores Grandes, y allí me volvió á abrazar. ¿Qué significan estos obsequios, decia yo en el camino? ¿Qué me anuncian? Podrá ser que este hombre medite mi pérdida, ó presagiando que declina su favor quiera ganar mi amistad y tenerme de su parte, con la mira de que interceda por él con el amo? No sabia en qual de estas conjeturas fixarme. Quando volví el dia siguiente me trató del mismo modo llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó con el recibimiento que hizo á otras personas que se le presentaron. Trató mal de palabras á los unos, á los otros los echó con frialdad, de modo que á casi todo el mundo disgustó; pero se vengaron todos á satisfaccion con una aventura que sucedió, la qual no debo dexar en silencio siendo

un

un aviso al lector, Covachuelistas y Secretarios que lo lean.

Habiéndose acercado al Baron un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de un cierto memorial que decia haber presentado al Duque de Melar. El Baron no solo no miró al caballero, sino que le dixo con tono áspero: ¿cómo se llama Vmd., amigo? En mi niñez me llamaba Frasquito, le respondió á sangre fria el tal; despues me han llamado Don Francisco de Zuñiga, y hoy me llamo el Conde de Pedrosa. El Baron espantado de esto, y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion quiso excusarse, y dixo: señor, perdone V. S. sino conociéndole.... Yo no quiero tus excusas, interrumpió con altivez el Frasquito; tanto las desprecio como tus impolíticas. Sabe que el Secretario de un Ministro debe recibir cortesmente á toda suerte de personas. Sé muy en hora buena tan fantástico, que te mires como el substituto de tu amo; pero no olvides que eres su criado.

Este incidente mortificó mucho al sobervio Baron, y no obstante nada se enmendó. Por lo que hace á mí, saqué fruto del caso. Resolví cuidar de saber con quien hablaba en mis audiencias, y de no ser insolente sino con los mudos. Como las patentes de Don Alfonso estaban expedidas, las envié con un correo ordinario á este Señor con carta del Duque de Melar, en que le avisaba S. E. que el Rey le había nom-

bra-

brado para el Gobierno de Valencia. No le di parte de la que tenia en este nombramiento, ni quise aun escribirle, porque tenia gusto de decirselo á boca, y de causarle esta agradable sorpresa quando viniese á la Corte á prestar el juramento.

## CAPITULO III.

*De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas, y del grande acontecimiento que los inutilizó.*

Volvamos á mi bella Gabriela: dentro de ocho dias me habia de casar con ella. Por ambas partes se preparaba esta ceremonia, Salero compró vestidos ricos para la novia, y yo le busqué una doncella de labor, un lacayo y viejo escudero, todo lo qual se eligió por Scipion que esperaba todavía con mas impaciencia que yo el dia en que debian entregarme la dote.

La víspera de este dia tan deseado cené en casa del suegro con toda la parentela. Hice perfectamente el papel de un yerno hipócrita. Hice mil favores al platero y su muger. Me fingí apasionado con Gabriela, agasajé toda la familia, á quien escuché sin impacientarme sus discursos baxos y razonamientos aldeanos; y así en precio

224 *Las Aventuras de Gil Blas.*

cio de mi paciencia tuve la fortuna de agradar á todos los parientes. Ni uno hubo que no se alegrase de mi alianza.

Acabada la comida pasaron los convidados á una gran sala, en donde habia dispuesto un concierto de voces é instrumentos que no lo hicieron mal, aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid. Habiendo cantado muchas arias alegres nos pusimos de tan buen humor, que empezamos á bailar. Dios sabe lo bien que lo hicimos, pues pasé por discípulo de Terpsícore, aunque no tenía mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa del Marques de Chaves me habia dado un maestrillo de danza que iba á enseñar los pages. Despues de habernos divertido bien, pensamos en retirarnos, en cuya ocasion prodigué las reverencias y expresiones. A Dios mi amado hijo, me dixo Salero abrazándome; mañana por la mañana iré á tu casa á llevar la dote en buenas monedas de oro. Será Vmd. bien recibido, respondí, amado padre mio. Despues habiéndome despedido de la familia monté en mi coche que me esperaba en la puerta, y tomé el camino de mi casa.

Apenas habia andado doscientos pasos quando quince ó veinte hombres, los unos á pie, y los otros á caballo, armados todos de espadas y caravinas rodearon mi carroza, y la detuvieron gritando: favor al Rey. Me hicieron baxar aceleradamente, y me pusieron en una silla volan-

te,



*Gil Blas preso en la torre de Segovia.*

*Lib. IX. Cap. III. 225*

te, en donde el principal de estos personajes subió conmigo, y dixo al cochero caminase hácia Segovia. Con razon juzgué que el que iba á mi lado era algun honrado alguacil, y habiéndole preguntado el motivo de mi prision, me respondió del modo que acostumbran estos señores, quiero decir, brutalmente, que no tenia necesidad de darme cuenta de él. Yo le dixé, quizá Vmd. se haya engañado. No, no, respondió, sé que no he errado el golpe. Vmd. es el señor de Santillana, á Vmd. es á quien tengo orden de conducir. No teniendo nada que replicar á esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminamos á la orilla del rio de Manzanares con un profundo silencio. En Guadarrama mudamos de caballos, y llegamos de noche á Segovia en donde me encerraron en la torre.

CAPITULO IV.

*De qué modo fue tratado Gil Blas en la torre de Segovia, y de cómo supo la causa de su prision.*

Lo primero fue ponerme en un calabozo sin mas cama que un jergon de paja como si fuese reo digno del mayor suplicio. Pasé la noche no en la mayor desolacion, porque todavía